

convidados de la marquesa. Todo el mundo se había sentado, excepto el vizconde Enrique y el Sr. Jorge Leslie.

Pero que este último estuviese sentado ó en pié poco importaba; nadie ponía cuidado en él. Elena misma no podía verlo, porque el anciano general O'Brien se había venido á colocar detrás de su silla.

Jorge Leslie, por lo demás, parecía profundamente interesado por la narracion del vizconde. La escuchaba con una atencion religiosa; y dos ó tres veces la enérgica expresion de su rostro había cambiado.

Puesto que ese Sr. Jorge Leslie había vivido tambien en esas regiones de la América occidental, no debemos admirarnos del interes que despertaba en él la narracion del vizconde.

V

LA LEYENDA DE LOS GOLDEN-DAGGERS.

Sin pretender marcar los pasajes que habían particularmente conmovido al Sr. Jorge Leslie, diremos que en el momento en que el Sr. de Villiers había hablado de ese personaje designado con el título del mayor, que los vecinos de Sonora se llevaban sobre unas parihuelas, con la cabeza envuelta en un pañuelo de seda rojo, el Sr. Leslie bajó los ojos, mientras una tinta escarlata matizaba sus megillas.

—Tengo miedo de fastidiaros, señoras, se interrumpió el vizconde con una orgullosa modestia.



—Fastidiarnos! exclamó la marquesa.

La concurrencia entera protestó calorosamente, y la marquesa añadió:

—Enrique, puesto que ese original Benito vive en Montmartre, nos llevaréis á verlo, no es verdad?

—Lo cierto es, dijeron por todas partes, que ese Benito es un personaje muy divertido!

—Estoy siempre á vuestras órdenes, contestó Enrique saludando á la marquesa.

Luego prosiguió:

—Hemos aquí metidos en aquella barranca. Al cabo de una hora de marcha, la liana se enlazaba todavía con los árboles, mezclando entre su follaje sus flores purpúreas; pero los árboles cambiaban de aspecto, y la temperatura bajaba tan rápidamente, que veía á Benito temblar de frío á pesar de la fatiga de la marcha.

Vimos al fin las dos enormes cadenas de rocas por entre las cuales marchábamos, tomar un declive violento y luego dejar libre el camino.

Las lianas pendían derrocadas y muertas de las ramas de los árboles.

El horizonte se ensanchó de pronto. Frente á nosotros, la montaña descendía llena de escabrosidades hasta el suelo mismo de la Nueva California, á la izquierda un bosque lleno de cipreses enanos cubría una pendiente suave; hubiérais dicho desde lejos que era un viñado; á la derecha la montaña se elevaba á plomo; su flanco rocalloso desaparecía bajo una alfombra de fresales desecados por el viento del oeste. Sobre este tapiz amarillento, algunas florecillas de invierno se ostentaban con sus rojas corolas.

Los árboles faltaban completamente; apenas se percibían aquí y allá algunas malezas espinosas, cuyas raíces tenaces habían logrado penetrar por entre las rocas.

El frío aumentaba, pero el sudor corría á gruesas gotas sobre nuestra frente: tan ruda así había sido la subida! El sol, rojo como una ascua se inclinaba hácia el horizonte.

—Este camino es mas difícil que el del paraíso! murmuraba Benito. Y decir que vamos á casa del diablo!

La alfombra de fresales desapareció á po-



co. Nuestros piés resbalaban sobre la tierra reblandecida con las infiltraciones de la nieve fundida.

Bien pronto el lichen, de un blanco verdoso y brillante se extendió en torno de nosotros.

El día declinaba sensiblemente, cuando llegamos á la primera cumbre llena de nieve.

A causa de los vientos del nordeste, cuyo viento es glacial, el nivel de las nieves es mucho mas bajo en la Sierra de California que en las dos grandes cadenas de las montañas Pedregosas.

Desde que habíamos abandonado la cabaña del irlandés de la excelente carne de ternera, no habíamos encontrado ninguna huella humana. En aquellas cumbres hallamos, por el contrario, muchísimas. Ahí era, sin duda, segun todas las apariencias, dónde se habia trabado la batalla entre los Cuchillos de Oro y los vecinos mexicanos.

Dos cabañas incendiadas, de las cuales una humeaba aún, formaban dos estensas manchas negras en medio del tapiz blanco,

y en torno, la nieve batida y pisoteada, conservaba manchas de sangre.

Cuatro cadáveres habian dejado allí su huella, tan perfectamente modelada, que si esa nieve hubiera sido barro, se habrian podido vaciar las cuatro estátuas.

Mas allá de la cumbre, se extendia un pequeño valle plantado de pinos enanos, luego continuaba la montaña, árida y blanca, presentando la forma de un cono, que tenia una hoquedad en uno de sus lados y cuyo centro formaba un nicho gigantesco.

No se veian cabañas en aquella hoquedad, pero se percibian muchas columnas de humo que se elevaban hácia el cielo.

Lo que nos llamó sobre todo la atencion en el aspecto de aquel lugar, fueron dos rocas plantadas frente á aquella hoquedad, que parecian haber servido de apoyo á la porcion hundida de la montaña. Estaban allí, presentando en sus dos cúspides gemelas, dos plataformas iguales: desde luego se le ocurría á uno la idea de que aquellos dos pedestales aguardaban cada uno su colosal estátua.



En el momento en que íbamos á entrar en el valle, Benito se detuvo y me estrechó la mano repentinamente.

Seguí la direccion de su mirada que estaba fija en los tramos negros de los pinos, y ví en la oscuridad que reinaba ya en la llanura, dos ojos brillantes y rojos como carbones encendidos.

Empuñé mi carabina, creyendo en el primer momento que era un béstia feroz.

Un sonido gutural subió hasta nosotros: al mismo tiempo una forma humana comenzó á saltar por entre los árboles.

La perdimos de vista, casi inmediatamente; pero yo habia tenido tiempo de distinguir el rostro sangriento y pintarrajeado de un indio.

—Si al señor le parece, me dijo Bonito con calma, nos volveremos por donde venimos, todavía es tiempo. . . . Nos acurrucaremos como lo hacen nuestros muchachos para dejarse resbalar desde lo alto de la colina de Saint-Chaumont, y llegaremos á la barranca antes que este pícaro indio piel roja haya dado la señal de alarma.

Benito se equivocaba.

Una voz ronca salió de entre el bosquecillo, y nos envió el quién vive americano:

—*Who goes there?*

—Caballero francés, respondí yo en el mismo idioma.

La voz replicó con un acento un poco bunlon.

—*French gentleman! . . . . Welcome! . . . . go-on!* (Caballero francés. . . . bien venido seais. . . . avanzad!)

—No habia que titubear.

Benito se puso la carabina bajo el brazo como un paraguas, y empezó á silbar la tonadilla de la cachucha.

—La última vez que bailé el cancan en el Eliseo Moumartre, me dijo: el diablo cargue conmigo si pensaba en lo que va á sucederme hoy! . . . . Probablemente esto estaba escrito, como decia el viejo turco que vendia nogada de Constantina en el boulevard Poissonnière. . . . Qué buen aspecto tenia. . . . digo, la nogada. . . . pero no valia nada!

No encontramos á nadie en el bosquecillo; á nadie al pié de la montaña.



Debo confesar que la llegada de un caballero francés al campamento de los Cuchillos de Oro, no parecía producir el menor efecto.

A medida que avanzábamos, sin embargo, los ruidos humanos se hacían más sensibles. Platicaban, cantaban, y cuando la brisa soplaba hacia nosotros, hasta creíamos reconocer los acordes desacordados de un violín.

Nos hallábamos á doscientos ó trescientos pasos de las dos rocas simétricas de que he hablado, cuando fuimos repentinamente testigos de un espectáculo que nos llenó de asombro.

Los pedestales gigantescos, tendrán cada uno su estatua.

Un hombre acababa de presentarse sobre cada plataforma.

Ambos estaban armados de carabinas.

El uno tenía las piernas desnudas y llevaba una pequeña *manga* mexicana, tal vez trofeo de la última batalla; el otro llevaba un pantalon de marino y un saco de tela.

Entre las dos rocas vino á colocarse un tercer personaje.

—Apuesto mi manga contra los calzones de Tonny, dijo el hombre de las piernas desnudas, con una voz clara y firme.

—Apuesto mis calzones contra la manga de Sam, replicó el marino.

Y quitóse el pantalon, que arrojó al pié de la roca.

Sam hizo lo mismo con su manga.

El personaje, que había permanecido un poco más abajo, entre ambos, tomó las apuestas, y preguntó:

—Es esto prueba de amistad, y lo hacéis lealmente?

—Lo hacemos lealmente, y en prueba de buena amistad, respondieron Sam y Tonny al mismo tiempo.

—Pues entónces, adelante! dijo el testigo! Sam y Jonny se apuntaron.

Dos tiros partieron al mismo tiempo.

Sam quedó en pié.

Tonny cayó, de cabeza, de la roca. La bala de Sam le había hecho pedazos el hueso frontal.

Sam bajó tranquilamente de la roca, y



sin mas demora se puso los pantalones....

Hubo un gran murmullo de incredulidad en el auditorio del señor Villiers.

—Chut! chut! dijo la marquesa.

—Por un pantalon!... protestó una vizcondesa.

—Matar á un hombre! añadió otra vizcondesa.

—Y arriesgar su vida! completó una tercera.

—Pues así sucede en la Sierra Nevada, señoras, dijo el general O'Brien.... No conozco en el mundo nada mas verídico como las impresiones de viaje.... Si lo dudais, os aconsejo que vayais á convenceros al lugar mismo!

—Bueno! exclamó Enrique de Villiers; heme aquí acusado nuevamente de mentiroso.

—De ninguna manera! replicó vivamente la marquesa. Estas señoras no tienen ninguna idea de esas costumbres estraordinarias y.....

—Perdonadme si os interrumpo, mi querida prima, dijo Enrique. Ahora tenemos un testigo.... Señor Leslie, os suplico que

me digais; habeis visto algo por el estilo en el oeste?

—Ví la escena misma que referís, contestó Jorge friamente.

Hubo un movimiento de sorpresa sobre la fisonomía de Enrique de Villiers.

—Estabais ahí?... preguntó con una voz menos segura.

—No ese mismo dia precisamente; repuso Jorge sonriéndose.

El vizconde respiró.

Volvieronse todos hácia Jorge, que creció en la imaginacion de los oyentes, solamente porque añadió:

—Yo mismo monté sobre una de esas rocas.... Y no era por un pantalon, ni por una manga.

—Y sobre la otra roca?... preguntó la marquesa, mientras Elena se ponía mas pálida que una muerta.

Las vizcondesas gustan infinito de ese calosfrio de horror y de emocion que las acomete cuando esperan en el teatro una peripecia sangrienta.

Aquí experimentaron la misma sensacion cuando Jorge respondió:



—En toda sociedad naciente existe el juicio de Dios.... Allí donde la ley es impotente el duelo es siempre un derecho, y á veces un deber.... Sobre la otra roca habia un hombre.... Ese hombre ha muerto.

Se calló.

Las señoras comenzaban á notar que aquel rostro pálido, aquella grande frente, aquella mirada profunda tenia un carácter muy notable.

La voz de Jorge Leslie tenia un acento particular, que hacia vibrar en ellas las mas profundas fibras del corazon.

Elena sufría. Por qué?

—Y despues, primo? y despues? dijo la marquesa insaciable en su curiosidad.

—Me resta muy poco que decir, replicó Enrique preocupado. Tenia entonces todavia los cascos á la ligera. El principio de la aventura me gustaba. Le dije á Benito, que no pudiendo ya mas temblaba como una rana: Adelante.

—Si se matan como moscas entre sí, murmuraba el infeliz, ¿que será lo que hagan á los estranjerós?

—El irlandés os lo habia advertido! le dije.

Benito empezó á silbar la cachucha.

Dejáronnos penetrar hasta el centro del campamento. Era una especie de aldea compuesta de una docena de cabañas. Habia ademas habitaciones subterráneas.

Dos hombre jugaban al *tric trac*, acostados sobre un giron de alfombra tendido sobre la nieve misma. Uno de ellos usaba sobre su brazo un gaban de sargento.

A la entrada de la tienda reconoci al indio que habia dado la señal de alarma.

Entre los dos jugadores habia un monton de polvo y de barras de oro. A un lado percibí unas pequeñas balanzas.

—Ah! ah! dijo el sargento, que me midio brutalmente de la cabeza á los piés; vos sois el caballero francés....eh?

Y antes de que yo hubiese respondido:

Que el diablo me lleve! este pícaro de Gallois me ha ganado mis diez últimas onzas de oro!.... Heme aquí tan miserable como antes!.... Que el infierno te confunda Gallois.... te tengo de matar un dia de estos!

ALFONSO ALFONSO  
UNIVERSIDAD  
D. A. N. E. I.



El llamado Gallois guardó tranquilamente su polvo y sus pepitas de oro en su saco de cuero.

—Quereis jugar á credito? preguntó el sargento.

—No! respondió el otro

—Mi vida contra diez onzas.

Gallois se encogió de hombros y se levantó.

—Ganaria! estoy seguro de que ganaria! exclamó el sargento, rechinando los dientes. Con esas diez onzas atraparía lo menos ciento mas!

Algunos golden-daggers habian salido de sus cabañas al ruido de la discusion. Los vecinos de Sonora tenian caras de ángeles junto á estos demonios.

—Quién quiere prestarme diez onzas de oro! ahulló el sargento. Diez onzas por veinte! . . . por treinta! . . . por cuarenta!

El demonio del juego le exaltaba hasta el frenesí.

Hasta otra vez, sargento Saunders, dijo Gallois levantando su tren.

—Quédate, Nick! quédate en nombre de

Dios! . . . Te quedaras miserable! Qué podría yo jugar contra este badido!

—Ah! exclamó como cogiendo al vuelo una idea; quédate Nick! . . . te juego al caballero francés y á su criado por diez onzas de oro! . . .

Los golden-daggers que nos rodeaban se echaron á reir.

Gallois nos miró con el rabo del ojo para calcular si nuestros bolsillos podian contener diez onzas de oro.

Quedó satisfecho del exámen, sin duda, porque tornó á sentarse, y puso sobre el girón de alfombra diez onzas de oro, pesadas en la balanza.

La partida comenzó.

Yo habia cruzado los brazos sobre el pecho, y seguia las jugadas tratando de conservar mi calma.

Gallois ganó.

Saunders, el sargento, rompió el trictrac y votó los dados de un puñetazo, exclamando:

—Que el infierno te confunda, perro maldito! . . . págate!

Nick vino hácia mí sin cumplimientos de



ninguna clase, para meter sus manos en mis bolsillos. Yo le mantuve á distancia con la mano izquierda, y con la derecha tomé una de las pistolas que llevaba en la cintura.

Nick estaba armado.

—Ah perro! dijo; cenque no quieres pagar las deudas del sargento Saunders?

No aguardé mas.

En el momento en que levantaba la pistola, Gallois Nick cayó al pié de su sargento con la cabeza hecha pedazos por mi bala.

Inmediatamente veinte carabinas fueron dirigidas contra mí.

Benito hizo la señal de la cruz por primera vez despues de muchos años.

El sargento Saunders miró á Nick tendido en tierra; luego clavó su mirada en mí.

—Quietos todos! gritó. ¡Qué habríais hecho en lugar del francés?

Algunas carabinas se bajaron, haciendo resonar sus culatas en tierra, pero tres ó cuatro caprichosos continuaron apuntándome.

—Nick llevaba el cuchillo de oro!... murmuraban. Nick debe ser vengado.

—Silencio, os repito! gritó por segunda vez Saunders.

Tomó el saco lleno de polvo de oro que pendía de la cintura de Nick, y lo puso en la balanza.

—Ciento treinta y cinco onzas de oro!... dijo; era un ladron.... y luego era un hijo del pais de Gales!.... hacia trampas en el juego!.... abajo las carabinas!

—Mi capitan, dije yo preparando mi segunda pistola, ¡á quién de estos patanes quereis que envíe al pais de Satanas?

Saunders se sonrió porque le habia llamado capitan.

Quereis recibir el cuchillo de oro de Nick? me preguntó.

—Y por qué no? contesté sin titubear.

Saunders se colgó de la cintura el saco del Gallois Nick.

Adjudicado! pronunció. Sois de los nuestros!... Esta noche os leerán el ritual.... Por ahora vamos á comer!

Aquí el señor vizconde Enrique de Villiers exhibió de nuevo su cuchillo con mango de cuerno y hoja dorada.

—Benito quedó encargado, prosiguió, de

BIBLIOTECA ALFONSO DE ALBUQUERQUE  
UNIVERSITARIA  
D. A. N. E. I.



registrar los bolsillos del muerto. Yo tuve la honra insigne de comer junto al sargento Saunders; y algunos días después, mi criado y yo, hacíamos compañía á los golden-daggers para dirigirnos hácia los placeres del río del Sacramento.

El vizconde se calló y tomó una silla.

Un silencio completo reinó en el retrete de la marquesa.

El fin de la historia, para emplear un tecnicismo del teatro, *se arrastraba* y no producía absolutamente efecto.

Habia para esto muchas razones: primeramente no había lo que se llama un desenlace; en segundo lugar, la muerte del Gallois Nick, carecia de esas excusas, nacidas de la violencia de la pasión que lo hacen perdonar todo. Con algunas palabras de más, y algun cuidado para preparar la escena, el señor de Villiers hubiera hecho horripilar á su auditorio.

Aquellas señoras se veían casi tentadas de compadecer al pobre Nick.

El vizconde misterioso había tomado lugar al lado del vizconde de los misterios, la misma historia de la leyenda de los golden-daggers.

CONTINUACION DE LA LEYENDA  
DE LOS GOLDEN-DAGGERS.

Ya lo hemos dicho: el vizconde estaba preocupado: por eso era por lo que había descuidado completamente todas las preparaciones oratorias. Si alguno hubiera tenido interes en ese momento en escudriñar su conciencia, tal vez hubiera hallado un rasgo de luz en las últimas palabras del vizconde, que dijo al sentarse, con cierto abandono:

—Habeis oido hablar de eso, señor Leslie?

—Sí! respondió Jorge.

Cosa singular! esta lacónica respuesta

ALFONSO ALFONSO  
UNIVERSITARIA